

DR. OSCAR HASPERUE BECERRA

SERVIR O DESTRUIR AL HOMBRE

825  
37

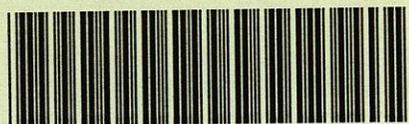
*Sobretiro de HUMANITAS*, Número 17.

Universidad de Nuevo León, 1976.

825

137

B 825  
#37



1020080741

## SERVIR O DESTRUIR AL HOMBRE

DR. OSCAR HASPERUE BECERRA

Director de la Casa de la Cultura Americana, A. C.  
Acapulco, Gro.

### EL MATERIALISMO ATEO

HEMOS RESERVADO este capítulo final para examinar un poco más detenidamente dos fases del grave problema que constituye el objeto del presente trabajo, reconociendo que de todos modos el examen resultará desproporcionadamente somero en relación con la magnitud y complejidad del asunto: lo referente a la respuesta correcta que ha de darse a la pregunta acerca del "para qué" de la ciencia y la técnica, y la que versa sobre la aplicación de esa respuesta a la temática americana.

En páginas anteriores tuvimos oportunidad de señalar la actitud que con sujeción a la mentalidad materialista y antes imperante en la cultura de nuestro tiempo, han asumido la ciencia y su hija la técnica científica frente a la cuestión de su propia finalidad. Tal actitud puede resumirse en una total prescindencia o neutralidad relativamente a objetivos y valores que para aquella mentalidad serían metacientíficos o metatécnicos. Circunscritas al ámbito rigurosamente delimitado del "cómo", o sea, del modo o manera en que han de cultivar sus territorios específicos en la búsqueda de la verdad y el uso de sus resultados, no deben interesarse ni consecuentemente entrometerse en territorios extraños, ni permitir tampoco que desde éstos les sean impuestos, ni siquiera indicados, los fundamentos que hacen al "porqué" ni las finalidades que hacen al "para qué" de tu tarea peculiar. También tuvimos ocasión de rechazar rotundamente esa postura contraria a la unidad esencial de la cultura, al espíritu del hombre, por considerarla anticultural, antiespiritual, en definitiva, antihumana, radicalmente opuesta a la concep-

Cap 267  
Alfonsina  
Biblioteca Universitaria  
55838  
FONDO UNIVERSITARIO

ción del hombre integral que inspira la cosmovisión del mundo, de la vida y del hombre mismo que la Homocracia ha hecho suya para aplicarla al campo político en su más amplio sentido.

Sin repetir ahora lo dicho precedentemente, hemos de puntualizar ciertas consecuencias que se desprenden de aquella actitud, ardorosamente sostenida, difundida y finalmente impuesta por naturalistas, mecanicistas, positivistas y cuantos más se han empeñado y continúan empeñándose en mantener alejadas a la ciencia y la técnica de la razón de ser de la cultura, razón de ser que le define y que dejamos debidamente esclarecida en el capítulo II, y asimismo apartadas de la concepción del hombre integral, única que ilumine esa misma razón de ser y también la esencia del hombre, su paso por la vida y su existencia en el mundo.

Al hablar del mundo nos referimos al mundo total, unitario y comprensivo del mundo físico existente al producirse la aparición del hombre sobre la corteza terrestre y coexistente con él a partir de esa aparición suya, y del mundo espiritual surgido al nacer el hombre y constitutivo de la etapa superior conocida hasta hoy de la evolución del cosmos; el primero, creado por el Creador e incrementado luego por la obra del hombre a través de la ciencia y la técnica científica que operan sobre la materia, combinando y transformando los elementos dados en la naturaleza física y aun produciendo otros nuevos; el segundo, creado por la criatura humana en las esferas de la religión, la filosofía, la ciencia, el arte, el lenguaje, la técnica, la costumbre y demás creaciones que lo componen. Más todavía: al hablar del mundo físico no nos limitamos a la Tierra, a nuestro planeta, donde mora el hombre, puesto que a estas alturas sería insensato descartar, antes bien es preciso admitir la hipótesis posible, por no decir probable, del establecimiento de nueva morada humana en el espacio sideral. En mayo de 1974 *The New York Times* informaba que físicos, astronautas y técnicos en vuelos espaciales se habían reunido en la Universidad de Princeton para estudiar la conveniencia y posibilidad de establecer colonias humanas autosuficientes en el espacio. Tal vez se trate de una versión futura del Arca de Noé ante la amenaza de muerte prácticamente total de la humanidad y destrucción del globo terráqueo.

La primera consecuencia que salta a la vista es la minoración a que son sometidas la ciencia y la técnica científica por efecto de la estrechez del ámbito que les es atribuido. El amplísimo e ilimitado horizonte que el hombre les asignó al crearlas —conocimiento de las particularidades del ser y uso benéfico de ese conocimiento—, sin más coartación que la resultante del hecho de tener que ceñirse a aspectos parciales del ente

y, por lo tanto, a bussar la verdad de esas porciones o trozos de realidad sin aspirar al conocimiento del todo, es reducido a mera cuestión de procedimiento, de método, es decir a asunto puramente formal. No otra cosa significa hacer algo con orden, por importante que sea el método, importancia por lo demás debidamente reconocido tanto por la filosofía como por la ciencia y la técnica mismas al crear para sus propios quehaceres una ciencia especial, la metodología. “A causa de su interés por el procedimiento —anota J. S. Ackerman— la ‘scientia’ actual ha exaltado al técnico.” En otras palabras, lo sustantivo consistente en la búsqueda del conocimiento particular y su uso benefactor de la vida y el destino del hombre, es convertido por la concepción materialista y atea en tema adjetivo. Lo adjetivo dice relación a una cualidad o accidente, en tanto lo sustantivo refiérase a la existencia real y efectiva de ese algo que es objeto de la búsqueda científica. De este modo, la ciencia y la técnica científica pierden relación con la sustancia del ente y con la esencia de la cultura, con el espíritu del hombre que comunica esa esencia suya a sus creaciones, y quedan disminuidas y mudadas en simple modo o manera de hacer.

A esta grave reducción viene a agregarse otra que la torna más grave aún: la que resulta de reconocer como científico solamente un determinado modo o procedimiento de investigación y descartar todos los otros modos. Al adueñarse arbitrariamente de la esfera científico-técnica, la mentalidad materialista y atea la restringió al campo de la materia e impuso como único método científicamente válido el propio de las ciencias de ese campo.

Al obrar de esa manera, la mentalidad materialista y atea actuó con inteligencia y coherencia: con inteligencia sutil en la concepción y la programación de sus propósitos, y con coherencia de criterio y comportamiento en la consecución de esos mismos propósitos.

Apoyándose en la dicotomía cartesiana objeto-sujeto y en la naturaleza material y mecanicista de su concepción que determinó el menosprecio del lado interior de la experiencia, comenzó reduciendo la ilimitada esfera científico-técnica al sector que trata de la materia y consecuentemente de los bienes materiales, eliminando cuanto pudiera relacionarla directa o indirectamente con el espíritu del hombre. Morison atribuye al propio Descartes la paternidad de la tendencia moderna a situar al hombre en una posición periférica, casi accidental, dentro del plan general de las cosas. Concentró, pues, exclusivamente su atención en el cultivo de ese sector y en la producción de satisfactores de las necesidades corpóreas del ser humano, desvinculando a la ciencia y la técnica del Creador del mundo y del hombre y de los campos fundamentalmente espirituales de la cultura: religión, filosofía,

mos puesto la vida al servicio del hombre y su perfeccionamiento y no cejaremos en la única empresa realmente vital de nuestra existencia. Ni retrocederemos ni flaquearemos ni mucho menos transigiremos, aunque hayamos de seguir predicando en el desierto de la incompreensión, la indiferencia o la soledad. Aparte de ansiar apasionadamente creer en Dios —en quien, por carecer de la gracia, creemos con flaqueza—, tenemos fe en la causa del hombre, para nosotros la única digna de ser vivida y servida. Todas las demás que el hombre ha ido inventando a lo largo del tiempo o puede inventar en el futuro, son secundarias, subalternas y hasta indignas cuando son antepuestas al hombre mismo.

Avanzando en nuestra denuncia, es llegado el momento de abandonar la expresión en cierta manera eufemística de “materialismo ateo” con que hasta aquí nos hemos referido a la mentalidad y los intereses que gobiernan el mundo, la vida de los seres humanos y consiguientemente la cultura en general y cada una de sus esferas en particular, entre éstas la científico-técnica, sin exceptuar la religión misma en la medida en que sobrevive en ella el fariseísmo.

La mentalidad materialista y atea no es solamente un fluido, una atmosfera espiritual —sin que haya en ello contradicción de términos— que rodea la tierra y respiran los humanos; es también y fundamentalmente un espíritu —lo que prueba la inexistencia de semejante contradicción— que ha encarnado en la mayoría de ellos, dominando sus pensamientos, sus cada vez más debilitados sentimientos y sobre todo su comportamiento, sus actos. La humanidad la obedece, la mayor parte en forma irracional, inconsciente; mas la parte menor lo hace en forma lúcida, deliberada y resuelta. Aquélla constituye la gran masa, la carne de cañón no sólo en la guerra, sino también en la paz, en el trabajo, en la alienación, en la diversión, en el consumo. Son los “idiotas útiles” del marxismo-leninismo y del capitalismo, a los que se han sumado las masas del tercer mundo, a quienes hay que hacer cada día más idiotas, más inconscientes, más irracionales mediante la enseñanza que instruye y no forma, pero deforma, los medios de información llamados ahora de comunicación (cine, televisión, radio, diarios, revistas, historietas, etc.), y las estructuras políticas, económicas, las denominadas sociales (que comprenden a las dos anteriores), las ciencias del lavado del cerebro y las técnicas que los esclavizarán a las necesidades materiales artificialmente inventadas para someterlos; y hay que hacer asimismo cada día más útiles, más eficientes, más sumisos y mejor organizados para la producción y el consumo de satisfactores, no digamos aquí bienes, de esas mismas necesidades, que no dejan lugar a las verdaderas del hombre como ser espiritual y corpóreo, o sea, como ser creado para ser

hombre y para que un día, a través del cultivo de esa condición, llegue a ser persona humana.

El ideal del materialismo ateo, que en este sentido es también idealista pues actúa en consecución de su propio ideal, el propósito premeditado de su programa es hacer de la humanidad entera —con la única excepción de las minorías dirigentes que lo llevan a cabo— una gran masa subhumana de idiotas útiles y obedientes a la que pueda ordenarse, sin riesgo de desacatos o rebeldía, lo que ha de producir y lo que ha de consumir, lo que deba pensar, lo que deba querer y lo que deba hacer. El ideal y propósito del materialismo ateo es convertir al ser humano —ser que para esa mentalidad es humano por la exclusiva razón de no ser mineral, ni vegetal, ni animal, o tal vez, por no ser sino la síntesis de esos tres seres de la naturaleza física— en una especie domesticada del último, un animal perfectamente enseñado y condicionado como se enseña y condiciona una foca, un león o un elefante de circo. El ideal o propósito del materialismo ateo es degradar al hombre, deponerlo en su condición humana, cuidando de que no advierta el envilecimiento y la humillación a que ha sido condenado.

Para evitar que en algún momento de lucidez pueda llegar a advertirlo y reaccionar rompiendo la cadena que lo ata a su infrahumanidad, se le llenan todas las horas del día, todos los días de la semana, todas las semanas del mes y del año, tanto de su trabajo embrutecedor cuanto de su tiempo libre, con estupideces que completan, perfeccionan y garantizan su embrutecimiento: chucherías, distracciones propias de niños, placeres propios de las bestias, informaciones apropiadas a los retardados mentales, al modo que Colón cambió abalorios por el oro de los indios. La humanidad es despojada del oro de su condición humana a cambio de las modernas cuentecillas de vidrio. Complementando el asesinato del hombre en vida, el antibiótico Puromycin que se fabrica en la Unión Soviética y Estados Unidos anula la memoria del pasado lejano y con ella gran parte del fundamento básico de la personalidad. De allí que haya sido llamada droga de la antibiografía o de la antipersonalidad. Al olvidar de dónde viene el hombre, lo que significa desmemoriarse del “porqué” de su existencia, ya no le será posible saber adónde va, esto es, determinar el “para qué” de su vida. Sólo le quedará el “cómo” vivir, y esto será exactamente lo que le fijarán las minorías dirigentes.

La degradación del hombre de su condición humana equivale a su destrucción como tal. De esta suerte queda simultánea y definitivamente aventada toda posibilidad de que el hombre pueda alcanzar un día la dignidad de persona.